

DIBUJOS,
LABORES,

MODAS.

LITERATURA,
EDUCACION,

POESIA.

LA MARIPOSA.

PERIODICO DEDICADO A LAS SEÑORAS

Y ESPECIALMENTE Á LAS PROFESORAS DE INSTRUCCION PRIMARIA,

BAJO LA DIRECCION

DE LA SRTA. DOÑA FERNANDA GOMEZ, MAESTRA SUPERIOR.

Este periódico se publica los días 2 y 16 de cada mes, y reparte á sus suscritores veinticuatro grandes pliegos de dibujos y patrones de trages.—**PRECIOS DE SUSCRICION.**—En Madrid, por un mes, 4 rs.—En provincias, o trimestre, 14 rs., medio año 26, y por uno 50.—**Estranjero** 22 el trimestre.—Se suscribe en todas las librerías y en la Administracion y Redaccion, calle Imperial, núm. 14, colegio, mandando su importe en sellos ó libranzas

LA MUJER.

Dijimos en el próximo número anterior, que la *mujer* empezaba á elevarse, á subir hasta el pináculo de su brillante destino, despues de las magníficas conquistas de la humanidad, ganadas línea por línea, palmo por palmo, desde el principio de las sociedades, hasta el descubrimiento de la *imprenta* (1444).

Hasta principios del siglo VIII, en el reinado de Cárlo-Magno, puede decirse que no existía el libro, propiamente dicho, si se exceptúan las bibliotecas de algunos *mag-nates* y las de las *comunidades religiosas*.

De los claustros de las *órdenes religiosas*, que eran casi las únicas que en aquellos tiempos sabían escribir, en el sentido de formular sus pensamientos, para enseñanza de las generaciones presentes y futuras, salieron grandes ráfagas de luz, que iluminaron muchas inteligencias; mas en cambio, y por desgracia nuestra, brotaron tambien de aquellas mismas fuentes abundantes raudales de historias inverosímiles, focos de ignorancia, de supersticion, de fanatismo y de espíritu de partido, que tras-

tornaron y humillaron á la *mujer* y la llenaron de preocupaciones y de misterios, haciéndola creer ciegamente en *duendes*, en *brujas*, en *mueertos aparecidos*, en *saleros derramados*, y en otra porcion de *ridiculeces*, que la rebajaban al nivel de los seres más abyectos.

Y era que la *muier* no se educaba convenientemente; y era que vivía aletargada, desempeñando siempre ó casi siempre los oficios de *sierva* ó *semi-sierva*; y era que nadie trabajaba por librarla de la ignorancia, origen de tantas miserias, y causa principal de la primera de todas, la *miseria del cerebro*: y era que se le negaba la aptitud necesaria para ejercer un gran número de cargos, así en lo doméstico, como en lo civil, tanto en lo industrial y *manufacture-ro*, como en el comercio, en las artes, en las letras y en las ciencias; y era que se le cortaba su libertad, condenándola sin piedad á desempeñar exclusivamente ciertas funciones mecánicas; y era que se la ataba de brazos, se la encadenaba y se la sujetaba á vivir siempre mancipada, siempre bajo la tiranía del hombre.

Y sin embargo, ¿quien será capaz de

negar la aptitud de la *mujer* para casi todos los ejercicios, profesiones é industrias, á que el hombre se dedica con absoluta exclusion del sexo bello?

¿Quien negará que la *mujer* puede aplicarse al comercio, á la industria, á las artes, etc., con seguridad de buen éxito.

Si exceptuamos el ejercicio de la guerra y algunos otros mecánicos, cuyo buen desempeño exige ciertas condiciones de fuerza física, todos los demas son tanto de la competencia de la *mujer*, como de la del hombre, y aun para algunos es aquella más á propósito que este; porque le suele exceder en imaginacion, delicadeza, en abnegacion y en heroismo.

¡Fenómeno digno de atencion! Tanto en España como en los países que pasan por más civilizados, la *mujer* se vé alejada de las ocupaciones más propias de su sexo.

Mr. Edmundo Abont, asegura que no conoce en Francia mas que dos *impresores* (Mr. Didot y Mr. Dupont) que se atrevan á dar trabajo en sus imprentas á las *mujeres*.

Gracias á Dios, nosotros hemos avanzado más en este hermoso camino, y podemos decir con satisfaccion y noble orgullo, que existe en Madrid un *taller de imprenta*, hábilmente dirigido por la Señorita D.^a Javiera Morales y Barona, bajo cuyo cargo sólo trabajan cierto número de jóvenes del sexo débil, (como con poca exactitud se las llama), dando pruebas de su inteligencia, de su esmero, de su laboriosidad, y de su amor al nunca bien apreciado invento del inmortal *Guttemberg*.

¡Gloria y honor á estas nobles hijas del pueblo, que venciendo graves dificultades, sobreponiéndose á la rutina, luchando contra necias preocupaciones, revolviéndose contra inveterados y perjudiciales usos, colocándose á la altura de su ser, y proclamándose iguales al hombre, que las tenía bajo la más ridícula y abominable educacion, han sabido realizar tan magnífico pensamiento!

Y á la verdad, ¡qué diferencia entre esta digna ocupacion, presagio de otras no menos dignas, y la de ciertos ejercicios á que la *mujer* se ha dedicado hasta el presente!

Si las jóvenes, aun las que pertenecen á las clases sociales más elevadas, en vez de leer ciertas obras, mezcla informe de lo fabuloso y lo verdadero, de lo sagrado y lo profano, de amoríos, de héroes, de encantamientos, de sortilegios, de hechicerías, de gigantes, de raptos y de damas aventureras; se dedicaran á cultivar las artes y las ciencias, los oficios y las profesiones á que hasta hoy solo se han dedicado los hombres, salva alguna honrosa excepcion, ¿cuánto ganarían en ello las familias! ¿Cuán incalculables bienes resultarían para la sociedad en general!

Es, pues, indispensable elevar la educacion de la *mujer* á la altura que reclaman su propio destino y las necesidades de la época en que vivimos.

Pero es preciso ante todo que seamos justos con los diferentes gobiernos que, con admirable frecuencia, suben y bajan los escabeles del poder en esta desgraciada nacion: sin disculpar absolutamente á los hombres que han turnado en la administracion de la cosa pública, examinemos con ánimo sereno y sin propósito de herir susceptibilidades, las causas del abandono sobre la educacion de la *mujer*.

¿Qué han hecho á su favor ni la Nacion misma, ni las Cortes, ni la prensa periódica, ni las corporaciones científicas y literarias? ¿Quién se ha levantado en el Parlamento á pedir un día y otro día las reformas de la instruccion pública, y muy particularmente las que al bello sexo se refieren? ¿Qué provincia ha reclamado sus necesarias mejoras? ¿Qué han hecho en este sentido las publicaciones periódicas? La prensa política se ocupa exclusivamente, ó casi exclusivamente de cuestiones de partido. Las provincias, de intereses más ó menos locales. Las corporaciones científicas y lite-

rarias apenas dan en este sentido muestras de vitalidad... Las Cortes, siguiendo el ejemplo de unos y de otras, permanecen *in statu quo*... Y por último, el Gobierno, siguiendo el rumbo de todos, duerme tranquilamente á la sombra de las carcomidas ramas del árbol de la educacion popular.

¿Puede el pais quejarse con razon de tan lamentable abandono? ¿Son disculpables su indiferencia y su apatía en negocio tan trascendental? ¿Por qué no pide con insistencia las reformas convenientes? ¿No han venido en ciertas ocasiones enérgicas protestas de las ciudades, villas, pueblos, aldeas y caseríos contra determinadas medidas del Gobierno relativas á la instruccion pública? Hoy mismo ¿no salen de todas partes respetuosas y valientes exposiciones á las Cortes en contra de ciertos proyectos?

Si la opinion se manifestara unánime; si la prensa de todos los matices políticos y literarios pidiera una vez reformas radicales, no solo á favor de la educacion de la *mujer*, sino en beneficio de la instruccion de las masas sociales; si las Academias y demas cuerpos científicos elevaran informes al Gobierno supremo sobre las apremiantes necesidades de la educacion del pueblo; si los Ayuntamientos, Diputaciones y Consejos Provinciales desplegaran todo su celo por los adelantos intelectuales del país; si las Cortes formularan leyes en armonia con las necesidades reclamadas por la cultura del siglo en que vivimos; ¿qué habian de hacer los hombres encargados de la gobernacion del Estado?

O caerian desde lo alto de su posicion en medio de estrepitosas carcajadas, ó marcharian al compás de la opinion pública,

No culpemos, pues, exclusivamente al Gobierno de los males que nos afligen en este sentido: empujémosle nosotros, y él seguirá por la ancha vía del progreso verdadero, por la ilustracion de la especie humana.

El problema está planteado. Solo falta su

resolucion. Resolvámoslo sin tardanza, puesto que ya sabemos la relacion entre los datos y la incógnita.

Dos principios opuestos entre sí luchan enérgicamente en el campo de la instruccion pública: el uno proclama la enseñanza bajo la direccion de las sucesores de San Ignacio, de las congregaciones de San Vicente, de las Hermanas de la Caridad, de los Seminarios, en una palabra, la enseñanza bajo los auspicios del clero: el otro sostiene con todas sus fuerzas que no es conveniente que el clero ni las demás corporaciones de que hemos hablado, se mezclen en asuntos de enseñanza pública.

Pues bien, declare la mayoría de la Nacion con sinceridad, con valor, con patriotismo, con espontaneidad, libérrimamente, cual de los dos partidos abraza; y el Gobierno, en vista de la opinion, terminantemente manifestada, no podrá menos de marchar por el camino que se le trace.

Desengañémonos. Ni el Gobierno, ni sus agentes, ni las corporaciones científicas privilegiadas, á quienes no es lícito suponer malos por naturaleza, serán tan tercios y obstinados, que se opongan á las leyes del progreso humano: acaso estarán dominados por la rutina, no me atrevo á decir por la ignorancia; pero si trabajamos todos con fervor, con entusiasmo, con espíritu evangélico, para hacerles comprender las ventajas y la necesidad de una gran reforma en nuestros estudios y en el plan general de educacion, que reclama nuestro país, podemos vivir seguros de que aceptarán gustosos nuestras indicaciones y de que contribuirán eficazmente á su pronta realizacion.

Damos á nuestros colegas de la prensa de Madrid y Provincias las mas sinceras gracias, por la notable distincion que les hemos merecido al anunciar nuestros periódicos, encomiando su utilidad, y elogiando á la vez, mas que merecemos, nuestra

publicacion. Comprendemos perfectamente la galantería de nuestros cofrades y la agradecemos, no por lo que halaga, pues repetimos que no lo merecemos, sino por la buena acogida que han dispensado á nuestra inocente MARIPOSA.

A los padres de familia que no ponen reparo en dejar que se entretengan sus hijos en ciertos juegos, les recordamos que no olviden la desgracia de que ha sido víctima una niña en Barcelona.

Jugaba con varias otras criaturas en una tienda de la calle del Carmen; encendieron algunas velas para figurar una procesion, y habiendo alcanzado una de las luces al vestido de la infeliz niña, en un instante cubrióse la llamas, habiendo dejado de existir despues de algunas horas de dolorosísimos sufrimientos.

¶ Un guarda bosques de Sajonia, que cuenta 82 años de edad, no ha querido llevarse al sepulcro un remedio secreto de que hace uso para curar la hidrofobia, y lo ha publicado en un periódico, despues de haberle practicado por espacio de cincuenta años, salvando, dice él mismo, á muchas personas atacadas de hidrofobia. Aconseja que se tome inmediatamente despues de haber sido mordido, vinagre caliente y agua tibia, y se lave bien la herida, que se la deje secar, y que se vierta sobre ella ácido hidroclórico, los ácidos minerales destruyen el veneno de la saliva: aseguran que con esto se neutraliza completamente el peligro.

LA VERDADERA FELICIDAD

De una colina risueña
por la pendiente subía
un jóven que parecia
sufrir un fuerte dolor:
el tomillo y flor silvestre
con su aroma le brindaban,
mas sus penas no borraban
ni el tomillo ni la flor.

Algunos pasos anduvo,
y ya la cima tocando;
á un viejo halló descansando,
cual si les esperase allí.
—¿Qué haceis? le pregunta al verle:
y respondió en tono bajo:
—Descansando del trabajo
de haber subido hasta aquí.

¿A dónde tú te diriges
con el ceño tan adusto?
—A ver si borro el disgusto
que me hace tanto sufrir.
—¿Pues, qué tienes? ¿qué te aqueja?
le pregunta el viejo ansioso.
—Me afano por ser dichoso
sin poderlo conseguir.

Escuchando estas palabras
el muy venerable anciano,
tomó una piedra en la mano,
de un volumen regular;
sacó una pequeña caja,
y al jóven dijo: «Probemos
si en esta caja podemos
esta piedra colocar»

—¡Qué locura! dijo el jóven,
piedra y caja contemplando.
¿Por ventura, estais soñando
para tal cosa querer?
¿Acaso no habeis previsto
que la caja es muy pequeña,
y que es enorme esa peña,
para en su espacio caber?

—¡Bravol el anciano repuso:
dices que es chica la caja,
y que la piedra no encaja
en su estrecha cavidad;
pues dime, gallardo mozo,
ya que miras tan derecho,
¿acaso puede en tu pecho
caber la felicidad?

¿No sabes que es una cosa
la que tu mente desea
muy mas grande que la idea,
y caber no puede en ti?
—Pues si es grande ó si es pequeña,
hombres he visto felices.
Ten cuenta con lo que dices,
que no puede ser así.

Es la dicha un ángel bello
con el corazon de cera,
y así no puede, aunque quiera,
ningun contacto tener,
pues si el amor se le acerca
con su fuego lo derrite,
si con pasiones compite
pronto lo suelen vencer.

Por eso muy lejos vive
de este miserable suelo,
y solo á través de un velo,
la podemos percibir;
y aun se oculta muchas veces
si constantes la miramos,
si piensa que la alcanzamos
se desliza sin sentir.

—¿Y no podriais pintarme
esa dicha que ambiciono,
de otra suerte que en mi abono

aquí se pueda encontrar?
—Habrás visto muchas gentes
que con todo se conforman,
y de este modo se forman
su manera de gozar.

—
En ellas un sér existe
que nada le causa pena,
siempre está su faz serena,
siempre le vemos igual:
nunca con nadie se irrita,
¿esto me das? esto quiero:
tiene el corazon de acero
y los ojos de cristal

—¿Y qué nombre tiene el sér
que todo lo vé lo mismo?
—Se llama indiferentismo,
lo nombra así la razon.
Con interés lo preguntas.
¿Te place ese sentimiento?
—No, que en mi pecho yo siento
palpitar el corazon.

—
Y sufio cuando contemplo
al enfermo desvalido,
y me da triste latido
si á otro miro padecer;
por eso buscar queria
esa dicha pura y santa,
que nos arroba y encanta
sin poderla conocer.

—Ya sabes que lejos vive
y no puedes alcanzarla,
deja por tanto de ansiarla
hasta del suelo partir;
porque es anhelar la dicha
cuando no está en lo posible
el martirio mas horrible
que puede el hombre sufrir.

—
Ese impulso que te hace.
sufrir con el desgraciado,
es virtud que en alto grado,
debe en tu pecho reinar;
pues detrás de esa ventura
porque tanto ansia el alma;
encontraremos la calma
tan solo en el bien obrar.

ELADIA BAUTISTA Y PATIER.

SOCORROS QUE RECLAMAN LOS AHOGADOS.

—
Bien sea en la tierra ó en la mar, es necesario
mantener el paciente al aire libre, y obrar con él
instantáneamente. Se buscará un médico, así como
cobertores y vestidos secos.

Dos son las cosas que bien se deben procurar
obtener: LA PRIMERA é INMEDIATA, que vuel-
va la respiracion, y evitar que el cuerpo se enfrie
más; LA SEGUNDA, despues que ha vuelto la
respiracion, promover el calor y la circulacion.

Los esfuerzos para que vuelva la respiracion, y
para evitar que el cuerpo se enfrie más, deben
principiar sin pérdida de momento, con toda ener-
gia, y continuarse, sin descanso, durante varias
horas, ó hasta que un médico diga que se ha ex-
tinguido la vida. Los esfuerzos para promover el
calor y la circulacion, se dejarán para despues que
vuelva la respiracion natural.‡

PARA QUE VUELVA LA RESPIRACION.

Aclarar la garganta.

1.º Colóquese el paciente con la cara hácia
abajo y con uno de los brazos debajo de la frente,
en cuya posicion echará por la boca todo el agua,
y la lengua se le saldrá fuera, dejando libre el
conducto respiratorio (the windpipe). Ayúdese esta
operacion, sacudiendo con suavidad la boca, y
limpiándola.

2.º Si la respiracion que se obtiene, es satis-
factoria, practíquese el tratamiento descrito; pero
si la respiracion es corta, ó si no se obtiene, ó si
llega á faltar, entonces

Excitar la respiracion.

3.º Vuélvase el paciente instantáneamente y
bien sobre un lado, y

4.º Escítense las ventanillas de la nariz con ta-
baco rapé, con yanten, sales de olor, etc., ó la gar-
ganta con una pluma, etc., si la hay á mano. Fró-
tese el pecho y la cara hasta calentarlos, y échese
agua fria sobre esta.

5.º Si no se obtuviese buen resultado, entonces,
y sin perder momento, procédase á

Imitar la respiracion.

6.º Vuélvase á colocar el paciente boca abajo,
y póngasele, formando rollo debajo del pecho, y
de modo que este quede bien apoyado, un chaque-
ton ó cualquier otra pieza de ropa.

7.º Vuélvase con mucha suavidad el cuerpo
sobre un costado y un poco más hácia atrás; en
seguida y bruscamente, vuélvase á poner boca
abajo. Repítanse estas operaciones con regulari-
dad, bien y con perseverancia quince veces cada
minuto, ó sea una cada cuatro segundos, variando
de cuando en cuando de costado.

(Colocando al paciente sobre el pecho; el peso
del cuerpo hace expeler el aire; y cuando se le
vuelve sobre el costado, cesa la presion y el aire
entra en el pecho.)

8.º Cada vez que se ponga el cuerpo boca aba-
jo, se oprimirá bien, con uniformidad, pero de un
modo brusco, á cada lado de la espalda, entre y
debajo de las costillas, haciendo cesar la presion
en el momento de ir á volverlo de lado.

(Comprimiendo la espalda, se aumenta la respiración; y haciendo cesar la presión, se produce la absorción.)

De este modo se consigue respiración ó aliento natural; y si no es demasiado tarde, la vida.

Precauciones.

1.^a Téngase particular cuidado en que no se agolpe gente alrededor del cuerpo.

2.^a Evítese hacer las cosas bruscamente, así como volver el cuerpo de espaldas.

3.^a Por ningún estilo se mantendrá el cuerpo de pie.

PARA EVITAR QUE EL CUERPO SE ENFRIE MAS.

1.^a Descúbrese la cara, cuello y caja del cuerpo, excepto en fuerte lluvia, hielo ó nieve.

2.^a Tan pronto como sea posible, ha de secarse la cara, cuello y caja del cuerpo, con un pañuelo ó con lo que se pueda, y en seguida se hará lo mismo con las manos y los pies.

3.^a En el momento que se tenga una manta ú otro objeto para cubrir, desnúdese el cuerpo: pero si ninguna de ambas cosas puede procurarse en el acto, tómense ropas de las personas que estuvieren presentes, y séquese el cuerpo, cubriéndolo en seguida. Se cuidará que ninguna de estas operaciones embarace los esfuerzos que se hacen para que vuelva la respiración.

Precauciones.

1.^a No hacer rodar el cuerpo sobre vasija.

2.^a No frotar el cuerpo con sal ó espíritu.

3.^a No inyectar, con humo de tabaco, ó con infusión de tabaco.

4.^a No meter al paciente en agua caliente.

TRATAMIENTO PARA DESPUES QUE HA VUELTO LA RESPIRACION NATURAL.

1.^o Frótese, hácia arriba, los miembros, verificándolo con pañuelos, franelas, etc.; pero con fuerza y oprimiéndolos bien. (De este modo se hace que la sangre corra por las venas hácia el corazón.)

La fricción puede continuarse por debajo de la manta, ó por encima de la ropa seca.

2.^o Aplíquense franelas bien calientes, botellas ó canecos de agua bien caliente, ladrillos también muy calientes, etc., á la boca del estómago, sobacos, entre los muslos, y en las plantas de los pies, para promover el calor del cuerpo.

3.^o Si después de recuperada la respiración, ha sido trasladado el paciente á una casa, cúidese que el aire circule libremente en la habitación.

4.^o Una vez vuelto á la vida, debe dársele una cucharada de agua caliente, y si se viese que ha

recuperado ya la facultad de tragar, se le administrarán pequeñas cantidades de vino, brandy caliente y agua, ó café. Se le mantendrá en cama, y se hará por facilitarle el sueño.

Observaciones generales.

No porque la vida no aparezca pronto, debe creerse (como errónea y generalmente se piensa) que una persona no puede recobrarla, y por consiguiente debe perseverarse en el anterior tratamiento; pues ha habido casos en que perseverando en él por muchas horas, se han salvado los pacientes.

Apariencias que por lo regular acompañan la muerte.

Cesar por completo la respiración y la acción del corazón; los párpados generalmente medio cerrados; las pupilas dilatadas; las quijadas hundidas; los dedos medio contraídos; la lengua próxima á los bordes inferiores de los labios, y estos, así como las ventanillas de las narices, cubiertos de una mucosidad espumosa. Aumento de frialdad y palidez de la piel.

De los principios contenidos en las anteriores instrucciones, los principales son los mismos que el doctor Marshall Hall prefiere para hacer revivir á los que aparecen muertos por haberse ahogado, y son debidos á los descubrimientos más recientes. Tanto las principales corporaciones médicas nacionales, como las extranjeras, y trescientos y tantos facultativos del país, han dado á la real y nacional Institución de botes salva-vidas, una opinión favorable sobre el particular.

EL LUGAREÑO EN MADRID.

«Pues, señor, vamos á los Madriles,» dijo un día, entre pesaroso y alegre, el tío Pescuño, ciudadano labrador, vecino de un lugar de la Alcarria, de cuyo nombre no quiero dar cuenta. Ver la capital de la monarquía siempre es cosa lisonjera para un aldeano; y esto es lo que al sacar el pasaporte servía de satisfacción á nuestro alcarreño; pero emprender un viaje que le había de obligar á gastos crecidos, temblaba esta satisfacción considerablemente. Sabido es que los alcarreños no suelen pecar de prodigos; bien que ahora no hay labrador en España que pueda quebrantar por este lado las leyes de la prudencia, como no sea con el pensamiento. Si es cierta aquella máxima de que

ser bueno, se halla de balde;

ser malo, dinero cuesta;

que es confesar que por espacio de un siglo jamás ha habido en España tantas virtudes; es decir,

tanta pobreza como ahora. ¿Quién sabe? Quizá ha decretado el destino que la felicidad futura de España nazca de su miseria misma. Ello es que al pobre nadie le teme, ni le envidia, ni le hace caso: nadie se mete en los asuntos del que nada tiene.

Sin protectores y sin enemigos, disfruta del bien más apreciable, la quietud, la paz. Ya poco podemos tardar en tenerla nosotros.

... ¡Oh afortunados españoles, si nadie os conociera!

También infunde algún recelillo al honrado Pescuño la probabilidad mas ó menos remota, según circunstancias accidentales, de tropezar por esos caminos de Dios con una banda... de ladrones; mas afortunadamente, en nuestro país ya no se roba en despoblado. De puertas adentro, sí, señor, cuanto se puede, cuanto hay; pero en los caminos, lo mas que arriesgan los que viajan sin una división por escolta, es el pagar alguna contribucion extraordinaria de guerra. Recaudar este impuesto, puede ser tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño; pero al fin, una exaccion marcial no es un robo. Es menester que todos vivan; aunque maldita la falta que hace á los mas la existencia de algunos.

Nuestro alcarreño ha llegado felizmente, á mujeriegas sobre su macho romo, hasta la puerta de Atocha. Ve los altísimos paredones del hospital inmediato, y esclama con tanta boca abierta: «¡qué barbaridad!» En su lenguaje esta espresion significa sencillamente: «¡qué edificio tan alto!» Pero el viajero filósofo que al llegar á Madrid pregunta cuál es el destino de aquella fábrica, prorrumpe al saberlo en una exclamacion idéntica á la del patán de la Alcarria. Barbaridad es, y grande, en un clima tan caloroso, reunir millares de enfermos en un edificio. Pasa la puerta; sale libre, aunque no sin costas, de entre los cerberos del resguardo; repara en la fuente de la Alcachofa, y desde la acera de las Panaderías vá descubriendo sucesivamente á un lado y otro el jardín Botánico, la platería de Martínez, el Museo, las cuatro fuentes, la de Neptuno, el Tivoli, la estatua de Cervantes, el monumento del Dos de Mayo, el Apolo, la Cibele, la calle de Alcalá, en fin, donde está el parador que busca, y á la derecha y en el fondo las verjas del Buen-Retiro y el arco soberbio que lleva el nombre de la ciudad ilustre, patria del autor del *Quijote*. Atónito el pobre Pescuño con tanta magnificencia como se agolpa á sus ojos, no ha cesado de exclamar desde la puerta de Atocha á su posada: «¡qué hermosura! ¡qué asombro! Madrid vale mas que una lluvia de Mayo: desde Madrid al cielo.»

Va luego á comer á una fonda, á una hostería si

se quiere; aun el precio ínfimo de la lista le parece caro; pero ya sabe Pescuño á cuanto vendió en el lugar los garbanzos de su cosecha y los carneros de su manada; sabe lo que cuestan portes, puertas y portazgos, y que todo el que ejerce una industria debe sacar ganancias de ella. Además que á Madrid no se viene para economizar, sino para echarla de rumboso y satisfacer, en cuanto se pueda, los caprichos de este pícaro cuerpo. Al traerle un mozo con mucha cortesía un plato, cuyo olor solamente vivifica todo el sistema nervioso del buen alcarreño, se acuerda de los bien ponderados avisos que le dió por despedida la tía Mastranzos, la Sibila del pueblo. Ella, que en su vida habia salido de potaje de almortas, le aseguraba haciendo ascos que los madrileños comian mil suciedades: que lo de gato por liebre era tortas y pan pintado, porque caballo y mulo y aun carne humana sabian dar á sus parroquianos los hosteleros de la corte. Pescuño, sin embargo, engancha con el tenedor de plata, que maneja por primera vez, un buen tasajo de ternera, y... adios razonamientos de la tía Mastranzos. «¡Dianchel!» decia el buen labrador relamiéndose; mas quiero piltrafas de ahorcado aquí, que pechugas de perdiz en mi lugar, guisadas en la taberna de la Sidora. Cuan lo me acuerdo de las veces que la he visto partir magras encima del mandil de cordellate...»

Acude al día siguiente á una funcion de iglesia, y mi hombre se queda estático: ve representar una comedia de magia, y para él cada actor, cada actriz, y sobre todo cada bailarina, es un ser sobrenatural que le encanta: asiste á una corrida de toros; y goza mas, si cabe, que el día que se libró de la quinta. Se embelesa delante del avestruz en el gabinete de historia natural, y se hace mil cruces al descubrir al dromedario y la elefanta del Retiro, sitio que como tiene su iglesia particular, su campo santo, sus huertas y campo de labranza, le parece una poblacion, una villa distinta de la villa y corte. En esto se fundaria sin duda un geógrafo alemán del siglo pasado que designó al Buen-Retiro como una de las principales ciudades de Castilla la Nueva.

Todo le agrada, le admira y seduce en Madrid, á nuestro aldeano. Si va á comprar una tela para que su mujer se haga una saya, si ajusta unas catezadas para sus mulas, si quiere feriar una hoz de podar ó un pico, los dependientes de las tiendas respectivas sufren sus regateos interminables sin echarle enhoramala; si se estravía á deshora de la noche por las calles, halla serenos que le dirijan á su posada; si pone su cara en manos de un barbero, sale de entre ellas sin bar-

bas y con pellejo, todo al contrario de lo que en su lugar le sucede. Pero en la naturaleza se observa siempre la ley del equilibrio, y el tránsito del bien al mal es tan pronto como inevitable: no hay, pues, que extrañar que el tío Pescuño, tendiendo á la manzana la mano, adquiriese la ciencia del bien y del mal de la corte.

Un día pregunta en la calle de la Comadre por donde habia de ir á la Puerta del Sol: el sugeto á quien se dirige, le hace el obsequio de acompañarle por un buen rato, y le encamina despues con tanto acierto, que el buen Pescuño se encuentra sin saber cómo en el patio de San Bernardino, donde quieren tomarle la filiacion y hacerle comensal de aquella santa casa. Otro día, cabalgando en su macho, se lo espantan unos pillos: desbócase la bestia y arroja al ginete, acude á levantarle del suelo un caritativo transeunte, le limpia la chupa, le trae el sombrero, y en seguida saca el incógnito del bolsillo un ejemplar de un bando y exige en términos enérgicos al aporreado patan la multa en que ha incurrido por correr por las calles con su caballería: caridad de alguacil, por fuerza habia de ser costosa.

Pescuño ha venido á Madrid con una comision del Ayuntamiento de su pueblo, en virtud de la cual tiene que entregar cierta cantidad de papel moneda en una de las oficinas de la hacienda pública. El sencillo alcarreño contaba con despachar brevemente su encargo, porque para recibir dinero creia que los dependientes del gobierno no opondrian tantas dificultades como para darlo. ¿Quién lo pensára? Desde el primer día le dicen que el asunto es complicado y grave; que hay que liquidar, comprobar, ver expedientes y correr trámites, que lejos de correr, van á paso de tortuga. Un día el infatigable Pescuño se llega quédito á la mesa del oficial encargado de evacuar su asunto, y tiene la desgracia de sorprenderle *in fraganti*, dibujando una danza de monos. Amostázase el lugareño, y pide con algun retintin al caricaturista que no le haga perder mas tiempo en Madrid, porque han sufrido ya sus intereses bastantes perjuicios: «Venga V. pasado mañana.»

Pescuño tiene la imprudencia de preguntarle si necesita nada menos que dos días para dar la última plumada á sus mamarrachos. ¡Tú que tal digiste! El funcionario público se pone hecho un poeta inspirado (quiero decir, un energúmeno), tira de la campanilla, aparecen cuatro ó cinco sayones, los cuales, al oír la órden enfática de «quitenme de delante á ese hombre indecente,» se apoderan del paleta, se lo llevan en volandas hasta la escalera, hartándole de improperios, hijos del amor y el res-

peto que profesan á sus superiores; no dándose por satisfecho el celo porteril hasta que descargan sobre el mal aventurado Pescuño un razonable número de mojicones.

Jura y reniega á ¿qué quieres boca? el honrado alcarreño contra Madrid, como si Madrid, tuviese la culpa de que él hubiese cometido una cerrilada. Vuelve dos días despues á las oficinas, recházale el portero, pide auxilio á la guardia, y las bayonetas de los ciudadanos, á la voz de un galopo, amenazan á un hombre de bien que viene á depositar en las arcas del Tesoro el fruto de sus sudores de una porcion de individuos pertenecientes á la clase mas útil al Estado. Descuépase el alcarreño, pasan días, sus diligencias son vanas, su bolsa disminuye, su angustia crece. Por fin halla una mano benéfica que le saque de tan duro aprieto; pero esta mano que se tiende hácia la suya, se tiende abierta, y es menester que no se retire vacía. Una ribeteadora, parienta (por Adán) de un barrendero de la oficina impenetrable, se encarga, mediante una gratificacion prévia, de zanjar el asunto del alcarreño. El pobre Pescuño tuvo que comprar un protector con falda para conseguir que el Erario nacional recibiese su dinero.

«No más Madrid en mi vida,» decia al bajar la calle de Alcalá, dirigiéndose á la puerta de Atocha fijos los ojos en la tierra, y tan embebecido en el cómputo de los gastos del viage, que ni siquiera al pasar por la casa de los duques de Villahermosa le merecieron una mirada de despedida el dios de los mares, ni el príncipe de los ingenios españoles. Con todo, al cenar en la posada aquella noche, se acordó de las ollas de Egipto, ó sean las de la hostería donde consintió que le diesen gato por liebre: al reñir con la patrona por la cuenta, hizo memoria de que en Madrid se regateaba sin insultarse; al salir, ya en su pueblo, de la casa del desuella caras con título, echó menos la mano suave del barbero que le rasuraba cuando habia de visitar al oficial dibujante; y pasado algun tiempo, y olvidadas las aventuras de San Bernardino, del alguacil y de los porteros, cuando le preguntaban sus convecinos acerca de la corte, respondia el imparcial alcarreño: «Madrid es una poblacion grande y hermosa, donde puede vivir comodamente un hombre, si tiene dinero para gastar y cordura para conducirse.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Administrador y Editor responsable.

ALEJANDRO GOMEZ.

MADRID. — 1865.

IMPRENTA DE DON PEDRO MONERO,
Plazuela del Cármen, núm. 4.